

sepulcros que se abran, á los muertos que resuciten, al Buen Ladrón que le siga, á la naturaleza toda que pierda el sentido, y al sol que encoja sus rayos. Viene en medio de los tiempos, anda en medio de sus discípulos, nace en el punto central de dos grandes mares y de tres inmensos continentes. Es ciudadano de una nación que guarda el justo medio entre las del todo independientes y las del todo sujetas; se llama á sí propio el camino, y todo camino es centro; se llama la verdad, y la verdad ocupa el medio de las cosas; es la vida, y la vida, que es lo presente, es el medio entre lo pasado y lo futuro; pasa su vida entre los aplausos y los vituperios, y muere entre dos ladrones.

Y por eso fué á un tiempo mismo escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Los unos y los otros tenían naturalmente una idea de la tesis divina y de la antítesis humana; pensaban, empero, y en esto, humanamente hablando, no iban fuera de camino, que esa tesis y esa antítesis eran inconciliables y de todo punto contradictorias: el entendimiento humano no podía levantarse hasta su conciliación por medio de una síntesis suprema. El mundo había visto siempre ricos y pobres, pero no podía concebir como posible la unión en una persona de la indigencia mayor y de la opulencia suma. Pero eso mismo que parece absurdo á la razón, parece á esa misma razón convenientísimo cuando la persona en que esas cosas se juntan es una persona divina, la cual, ó no había de ser ni había de venir, ó había de ser y había de venir de esa manera. Su venida fué la señal de la conciliación universal de todas las cosas y de la paz universal entre todos los hombres: los pobres y los ricos, los humildes y los potentes, los venturosos y los atribulados, todos fueron unos en él, y sólo en él fueron unos, porque sólo él era á un mismo tiempo opulentísimo é indigentísimo, potentísimo y humildísimo, venturosísimo y atribuladísimo. Esta es aquella fraternidad pacífica que él enseñó á los que abrieron sus entendimientos y sus oídos á su divina palabra. Esta es aquella fraternidad evangélica que vienen predi-

cando unos después de otros, con perpetua é incansable predicación, todos los doctores católicos. Negad á nuestro Señor Jesucristo, y luego al punto comienzan los bandos y las parcialidades, y los grandes tumultos, y las soberbias rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pendones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de ventura, las aristocracias contra los Reyes, las muchedumbres contra las aristocracias, y unas con otras, como dos inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, las alteradas y bárbaras muchedumbres.

La verdadera humanidad no está en ningún hombre: estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su naturaleza contradictoria, porque por un lado es altísima y excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza. Por un lado es tan excelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué desde el principio, y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los Patriarcas en silencio, denunciada á voces por los Profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una virgen, y el Espíritu Santo la formó por su propia virtud en sus virginales entrañas, y Dios entró en ella y la unió á sí perpetuamente, y unida perpetuamente á Dios aquella humanidad sacratísima, fué celebrada en su Nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los Reyes, y cuando Dios, junto con esta humanidad, quiso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vió venir sobre El al Espíritu santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien me agradé siempre." Y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró, sanando á los dolientes, consolando á los afligidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondidas y anun-



ciando las venideras, que causó espanto y puso en admiración á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios, porque aquella humanidad fué vista de todos, hoy muerta y tres días después gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo calladamente los aires se la vió subir á lo alto como á una divina aurora.

Y esta misma humanidad, por un lado gloriosísima, era, por otro, ejemplar de toda bajeza, como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la sustitución la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles; por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los cielos su alegría; por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas; por eso anda, como si fuera pecador, entre los pecadores, siendo el santo de los santos; aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, más allá discurre con el avaro. A Judas da un ósculo de paz, y á un ladrón le ofrece su paraíso, y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se cuajan en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padeceres, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto baña el sol, y en cuanto se dilata la tierra, no hubo hombre ninguno puesto en tan grande orfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discípulos uno le vende, otro le niega y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron Sangre; su rostro fué luego herido con bofetadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio, y su frente coronada con una punzante corona; cargó con su propia Cruz, y se derribó en el suelo muchas veces, y subió la ladera del Gólgota seguido de delirantes muchedum-

bres que iban llenando los aires de vociferaciones siniestras. Cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de El, y los ángeles que le servían, por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados: hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas, meneando la cabeza, le decían: "Si eres el Hijo de Dios, descende de esa Cruz."

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Cómo no habían de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo y locura? Y sin embargo, aquel hombre, puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asalto con el esfuerzo de unos pobres pescadores, como El, desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por El mudaron los hombres sus vidas, por El dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su Cruz, y salieron de las ciudades, y poblaron los desiertos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á sus carnes castigos atroces, trayéndola siempre sujeta; y á más de esto creyeron con firmísima fe, poco después de su muerte, cosas estupendas é increíbles; porque creyeron que aquel que había sido crucificado era Hijo único de Dios, y Dios; que había sido concebido en el seno de una Virgen por obra del Espíritu Santo; que era Señor de cielos y tierra el mismo que había nacido en un pesebre y había sido envuelto en humildísimos pañales; que muerto ya, bajó al infierno y se llevó consigo las almas limpias y puras de los antiguos Patriarcas; que tomó después su propio cuerpo, y le sacó glorioso del sepulcro, y se le llevó por los aires, transfigurado ya y resplandeciente; que la Mujer que le había llevado en sus entrañas era, al mismo tiempo que Madre amorosa, inmaculada Virgen, que fué arrebatada por los ángeles al cielo, que fué aclamada allí por las falanges angélicas y por edicto soberano Reina de la creación,



Madre de los desamparados, intercesora de los justos, abogada de los pecadores, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo; que todas las cosas visibles son de menos valer y dignas sólo de menosprecio al lado de las secretas é invisibles; que no hay otro bien sino el que está en padecer trabajos, y en aceptar dolores, y en arrostrar angustias, y en vivir en perpetua tribulación y congoja, ni otro mal sino el placer y el pecado; que el agua del Bautismo purifica, que la confesión de la culpa levanta, que el pan y el vino se convierten en Dios, que Dios está en nosotros, y fuera de nosotros en todas partes; que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza; que ninguno nace sin su ordenación, y que no cae ninguno sin su permiso ó sin su mandato; que si el hombre piensa su pensamiento, El es el que se lo pone delante; que si su voluntad se inclina, El es el que la mueve; que El es el que le fortifica cuando se esfuerza, y que tropieza y cae si llega á faltarle su ayuda; que los muertos resucitan y vienen á juicio; que hay cielo y hay infierno, penas eternasy gloria perdurable; que todo esto había de ser creído por el mundo, contra el poder todo del mundo; y que esta maravillosa doctrina se había de abrir paso invencible contra la voluntad y á pesar del gran poderío de Príncipes, Reyes y Emperadores; que por ella habían de dar su sangre y padecer tormentos falanges infinitas de confesores ilustres, de doctores insignes, de vírgenes delicadas y púdicas y de mártires gloriosos; que la locura del Calvario había de ser tan contagiosa, que había de enloquecer á las gentes en cuanto mira el sol, y en cuanto alcanza todo el orbe de la tierra.

Todas estas cosas increíbles fueron creídas por los hombres, cuando tuvo fin aquella gran tragedia de las tres horas que se representó en el Góngota, con miedo del sol y con temblor de la tierra en todos sus miembros. Así tuvo cumplido efecto aquella palabra que pronunció Dios por Oseas, diciendo: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* (Capítulo XI, vers. 4.) Los hombres han caído en esa celada del amor,

que les tendió el Hijo del Dios vivo; blanda y amorosamente. El hombre es de tal condición, que se rebela contra la omnipotencia, se alza contra la justicia y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo, y como penetrado en amor hasta en la medula de sus huesos, si por ventura oye la voz dolorida y lastimera de aquel que muere por él, y que muriendo le ama. *¿Por qué me persigues?* Esta es aquella voz, temerosa á un tiempo mismo y amante, que suena de continuo en los oídos de los pecadores; y ese acento de queja dulcísima, amorosa y suave, es el que va derecho al alma, y la transforma y la muda y la convierte toda á Dios, y la obliga á buscarle por los poblados y por los desiertos, por los montes bravos y por las tierras llanas, por los campos agostados y por los verjeles. Aquella voz es la que enciende al alma en el casto amor del esposo, y la que la lleva como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embriagantes perfumes, como la sed lleva al ciervo á los hermosos manantiales de aguas vivas. Dios vino al mundo para poner fuego á la tierra, y la tierra comenzó á humear y luego á arder por todos sus cuatro costados, y de día en día se han ido dilatando por todas las regiones las llamas poderosas de esos divinos incendios. El amor explica lo inexplicable, y el hombre cree por el amor lo que parece increíble, y obra lo que parecía imposible de obrarse; porque con el amor, todo es hacedero y todo es llano.

Cuando aquellos de los Apóstoles que vieron al Señor antes de padecer transfigurado y vestido de blanquísimas vestiduras, más resplandecientes que el sol y más blancas y puras que el ampo de la nieve, dijeron, como extáticos y absortos: "Que-démonos aquí," aún no tenían idea del divino amor, ni de sus inefables deleites; por eso el gran Apóstol, maestro ya en este gran arte del amor, dijo después: "Sólo una cosa quiero entender, que es Jesucristo, y ése, crucificado,"; que fué tanto como decir:—Quiero saberlo todo, y para saberlo todo, quiero saber á Jesucristo solamente; porque sólo en El están juntos todos los saberes, y unidas entre sí todas las cosas.—Y añadió



después: *Y ése, crucificado*; y no dijo: *Y ése, transfigurado y glorioso*, porque poco importa conocerle en su omnipotencia, asistiendo con el pensamiento á la obra maravillosa de la creación universal, ni basta conocerle en su gloria cuando está su faz resplandeciendo con una luz increada y cuando las potestades del cielo se derriban absortas ante el acatamiento divino; ni satisface del todo verle pronunciar los fallos de su justicia inapelables, rodeado de ángeles y serafines, ni el alma queda del todo satisfecha cuando asiste á las altas maravillas de su infinita misericordia. El Apóstol, con una sed que nada aplaca, y con un hambre sin hartura, y con un deseo invencible, quiere más, y pide más, y lleva más alto el atrevido pensamiento, porque no se contenta sino con saber á Cristo crucificado, es decir, como él desea más ser sabido, de la manera mas alta y excelente que la razón puede concebir, y la imaginación imaginar, y desear el más altivo y levantado deseo, porque eso es conocerle en el acto de su amor incomprendible é infinito. Eso es lo que quiere significar el Apóstol cuando dice: "Ninguna cosa quiero saber sino á Jesucristo, y ése crucificado."

A ése sólo quisieron saber los pocos bienaventurados que tomaron su Cruz y fueron poniendo el pie atentamente en donde vieron el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas. A ése sólo quisieron saber aquellos Padres del yermo que convirtieron los desiertos desnudos en pensiles del paraíso. A ése sólo quisieron saber aquellas vírgenes castas, milagro de fortaleza, que, puestas todas las concupiscencias á sus pies, le tomaron por esposo y le consagraron sus limpios y virginales pensamientos. A ése sólo quisieron saber todos los que, convertidos en fuentes sus ojos, han recibido las tribulaciones con alegría de corazón, y se han encumbrado con pie firme en el áspero monte de la penitencia.

Entre las maravillas de la creación, el alma en caridad es la más maravillosamente admirable, no sólo porque su estado es el más subido y excelente que en este bajo suelo se puede en-

tender, sino también porque ella va declarando á voces los prodigios obrados por el amor divino, el cual no fué sólo poderoso para borrar nuestro pecado, y con él el desorden y la causa de todo desorden, sino también para inclinarnos á desear libremente aquella misma deificación que deseamos antes, y para hacer que pudiéramos conseguir aquello que deseamos, aceptando la ayuda de la gracia que merecimos en el Señor y por el Señor, cuando para merecernosla y para que la mereciéramos derramó su Sangre en el Calvario. Todas estas cosas significan aquellas palabras memorables que Jesucristo pronunció al tiempo de expirar, cuando dijo: *Todo se ha consumado*. Que fué tanto como decir:—Acabé con el amor lo que no pude ni con mi justicia, ni con mi misericordia, ni con mi sabiduría, ni con mi omnipotencia; porque borré el pecado, que hacia sombra á la Majestad divina y á la belleza humana, y saqué á la humanidad de su vergonzoso cautiverio, y di al hombre la potestad que con la culpa había perdido de salvarse. Ya puede bajar mi espíritu á fortificar al hombre, á embellecer al hombre, á deificar al hombre, porque le he atraído á mí y le he unido á mí con potentísima y amorosísima lazada.

Cuando aquella palabra memorable fué pronunciada por el Hijo de Dios al expirar en la Cruz, todas las cosas quedaron maravillosamente ordenadas, y ordenadamente perfectas.